

Esperanza: solo en Dios

*“Pablo, apóstol de Jesucristo
por mandato de Dios nuestro Salvador,
y del Señor Jesucristo nuestra esperanza”.*

1 Timoteo 1: 1

Introducción a las cualidades o gracias del Espíritu

En capítulos anteriores hemos explorado la forma en que Dios usa el crisol con el santo propósito de refinar su carácter dentro de nosotros. Es posible que Dios nos haga pasar por el crisol porque ve algo específico que desea arreglar en nosotros. Sin embargo, podemos pasar por el crisol como resultado directo de nuestras oraciones o de nuestro crecimiento espiritual. “Muchas veces, cuando pedimos en oración las gracias del Espíritu, para contestar nuestras oraciones, Dios nos coloca en circunstancias que nos permiten desarrollar esos frutos; pero no entendemos su propósito, nos asombramos y desanimamos”.¹ Note que Dios no nos refina enviándonos sencillamente una nueva dotación de su Santo Espíritu. Más bien, usa al Espíritu Santo en conjunción con situaciones específicas de la vida, situaciones que probablemente no nos gusten.

Elena G. de White continúa expandiendo esta idea: “El Señor disciplina a sus obreros, a fin de que estén preparados para ocupar los puestos que les señala. Él desea hacerlos idóneos para prestar un servicio más aceptable. Hay quienes desean ser un poder dominante,

y necesitan la santificación de la sumisión. Dios produce un cambio en su vida. Tal vez les imponga deberes que ellos no elegirían. Si están dispuestos a ser guiados por él, les dará gracia y fuerza para desempeñar estos deberes con un espíritu de sumisión y utilidad. Así se prepararán para ocupar puestos en que su capacidad disciplinada les permitirá prestar gran servicio.

“Dios prepara a algunos haciéndolos sufrir desilusión y aparente fracaso. Es propósito suyo que aprendan a dominar dificultades. Les inspira una determinación de trocar en éxito todo fracaso aparente. Muchas veces los hombres oran y lloran por causa de las perplejidades y obstáculos que se les presentan [...]. Una vida de monotonía no es la más conducente al crecimiento espiritual. Algunos pueden alcanzar el más elevado nivel de la espiritualidad únicamente por medio de un cambio en el orden regular de las cosas. Cuando Dios ve, en su providencia, que son esenciales algunos cambios para el éxito de la formación del carácter, él perturba la plácida corriente de la vida. Cuando ve que un obrero necesita ser asociado más íntimamente con él, lo separa de sus amigos y conocidos”.²

Las desagradables situaciones que afrontamos pueden ser la respuesta directa a nuestras oraciones pidiendo crecimiento espiritual. Las oraciones pidiendo una gracia del Espíritu puede requerir una situación; la oración por una gracia diferente, otra.

En el resto de los capítulos de este libro consideraremos seis gracias diferentes que Dios desea refinar en nosotros, cada una de las cuales pueden requerir diversos tipos de crisoles. En este capítulo comenzaremos explorando la esperanza.

Esperanza

Orange, la compañía europea de teléfonos celulares tiene un lema muy pegajoso para su compañía: “El futuro es brillante: el futuro es Orange”. Su campaña de mercadeo ha sido muy hábil para tocar el deseo que tiene todo corazón humano: un futuro brillante y positi

vo. Orange está tratando de vender teléfonos celulares con esperanza, tratando de persuadir a los posibles compradores que si poseen uno de esos teléfonos, empezarán de inmediato a vivir vidas llenas de esperanza. Pero, ¿dónde halla el cristiano su esperanza?

Muchas veces la gente cree que un futuro brillante dependerá de una elevada cuenta bancaria, una carrera prometedora, o una buena reputación. Es posible que como cristianos digamos que buscar esas cosas es una necedad, pero muchos de nosotros las buscamos de todos modos. Sin embargo, hay una falsa señal que incluso algunos cristianos serios siguen en la búsqueda de un futuro brillante basado en el conocimiento de la voluntad de Dios: "Si tan solo conociera la voluntad de Dios para mi vida", dicen, "tendría paz".

A todos aquellos que están tratando de encontrar seguridad a través del conocimiento de la voluntad de Dios para sus vidas, Oswald Chambers les presenta una perturbadora verdad: "¿Ha estado usted preguntando a Dios qué va a hacer? Él nunca se lo dirá. Dios no le dice a usted qué va a hacer; él le revela a usted quién es él".³

Creo que Chambers tiene razón. Por supuesto, queremos hacer la voluntad de Dios en nuestras vidas, pero hallar y practicar la voluntad de Dios no es como hallar una cartera perdida que, con mucho gusto, volvemos a ponernos en el bolsillo. La esperanza no viene porque hemos hallado "algo", sino porque tenemos confianza en "Alguien": Dios mismo. Por tanto, en este capítulo vamos a analizar cuatro razones para tener esperanza, y hallaremos que cada una es una faceta de quién es nuestro Padre: Dios mismo es nuestra esperanza.

La esperanza es una persona

1. Yo le hago frente a un futuro lleno de esperanza porque mi Padre es soberano. "Oí, y se conmovieron mis entrañas; a la voz temblaron mis labios; pudrición entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí; si bien estaré quieto en el día de la angustia, cuando suba al pueblo el que lo invadirá con sus tropas" (Hab. 3: 16).

Hay un proverbio africano que dice: "Cuando dos elefantes pelean, es la hierba la que queda pisoteada". Es seguro que en el crisol nos sentiremos como si estuviéramos siendo pisoteados, pero siempre lucharemos con los problemas si olvidamos ver el cuadro más grande de los elefantes peleando.

Desde muy temprano en mi ministerio asistí a una reunión de pastores interdenominacionales. Enseñaron cuán importante es para la gente postmoderna comprender la Biblia como una historia única y completa. El maestro destacó las que creía eran las cinco partes esenciales de esta historia de la cual dependen todas las otras historias de la Biblia. Las partes son:

1. La creación.
2. La caída del hombre.
3. La vida, la muerte y la resurrección de Jesús.
4. El juicio.
5. La segunda venida.

Sin embargo, a mí me gustaría añadir dos partes esenciales que actúan como la portada y la contraportada de un libro:

1. La caída de Satanás en el cielo en el mismo principio de la historia.
2. La destrucción de Satanás y sus ángeles en el lago de fuego al final de la historia.

Esto me ayuda para nunca olvidar la naturaleza sobrenatural de la historia, y también me ayuda a saber cómo terminará el problema del dolor. Pero lo más importante es que me recuerda que Dios es soberano sobre todas las cosas.

La soberanía de Dios es la que ayudaba a Habacuc para seguir adelante bajo presión. A mí me gusta Habacuc porque expresa muy bien lo que está en mi mente. En los primeros dos capítulos de su libro Habacuc clama a Dios por las terribles cosas que están ocurriendo y se pregunta por qué Dios no interviene y salva a su pueblo. Pero Dios le dice que las cosas van a empeorar. Pobre Habacuc, está

preso entre la tiranía de los asirios y la amenaza incluso peor de los babilonios que se aproximan.

Sin embargo, al final del libro, Habacuc concluye: "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación" (Hab. 3: 17, 18).

¿Pero cómo pudo Habacuc llegar a esa conclusión? Creo que se debió a que con el tiempo logró captar la historia completa. Aunque los babilonios vendrían con gran violencia, Dios le prometió a Habacuc que finalmente los destruiría, y que lo mantendría vivo a él.

Nosotros conocemos la historia completa. Es posible que también nosotros estemos atrapados entre la terrible violencia y la corrupción moral que nos rodea, y la advertencia profética de que las cosas van a empeorar. Pero Dios nos ha dicho el final de la historia. Él es el soberano de toda la historia. Por tanto, tenemos todas las razones para vivir con esperanza.

2. Le hago frente al futuro con esperanza porque mi Padre está presente. "Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén" (Mat. 28: 20).

Siempre he recordado a un compañero de estudios de mi amigo, que decía: "Cuando Dios parece estar lejos, ¿quién se movió?" Esto es muy cierto. A veces estamos tan ocupados que pensamos que Dios se ha ido a alguna parte. Por supuesto, él no se ha ido a ninguna parte. Está a nuestro lado, ansioso de comunicarse con nosotros.

Pero como vivimos una vida muy apurada, con frecuencia perdemos contacto con la realidad de la presencia de Dios. Sin embargo, el hermano Lawrence encontró una forma de mantenerse en contacto con Dios a pesar de la prisa con que todo giraba a su alrededor. Él vivió en el año 1600 d. C. y, después de estudiar las ideas de otras

personas en cuanto a cómo tener una relación con Dios, las encontró confusas e inútiles. Impulsado por el ardiente deseo que tenía de vivir completamente para Dios, decidió que iba a vivir como si solo él y Dios vivieran en este mundo. En una carta explicó que "en todo el tiempo, cada hora, cada minuto, incluso a la hora más ocupada de mis negocios, expulso de mi mente todo lo que puede desconectar mi pensamiento de Dios".⁴

El hermano Lawrence trató de hacer de la presencia de Dios un hábito en su vida. No intentó evitar a la gente ni vivir una vida fuera de la realidad. Más bien, su intención fue permitir que la presencia de Dios fuera tan real y fuerte en su mente, que la manera de pensar y de vivir de Dios modelara la forma en que vivía con las personas que lo rodeaban.

Cuando el hermano Lawrence estaba orando, pensaba en sí mismo de diversas maneras. En esta cita describe cómo lo hizo y explica su propósito final: "Algunas veces me consideré frente a él como un pobre criminal a los pies de su juez; en otras ocasiones lo contemplé en mi corazón como mi Padre, como mi Dios [...]. A veces me consideré delante de él como una piedra delante del escultor, de la cual va a hacer una estatua; al presentarme así delante de Dios, deseo que él forme su imagen perfecta en mi alma, y me haga como él es".⁵

Estar siempre consciente de la presencia de Dios es algo con lo cual he luchado. He encontrado que es fácil distraerme por la lucha de la vida, y con el tiempo llegar a la conclusión de que Dios me ha abandonado.

Recuerdo una vez que estaba de pie sobre el majestuoso Chain Bridge, que cuelga de los tirantes, mientras el río Danubio corría lentamente más abajo. Me sentía muy emocionado de estar en Budapest por primera vez, pero la ansiedad de las semanas anteriores había sido abrumadora.

Regresé andando a mi hotel con dolor en mi corazón. Como no tenía la menor idea de cómo disminuir la presión, decidí ayunar las

siguientes veinticuatro horas. Cualquiera fuera la conclusión de todo aquello, yo sabía que Dios era el único que podía ayudarme.

Me senté en un sillón y miré alrededor del cuarto con lágrimas en los ojos. Como cristianos creemos que Dios está con nosotros. Pero a veces, quizá inconscientemente, lo imaginamos flotando alrededor de nosotros como un misterioso vapor. Jesús nos parece más tangible porque vimos cuadros de él en la escuela sabática, y simplemente porque podemos imaginárnoslo caminando con Israel. Pero Dios el Padre y el Espíritu Santo no son fáciles de representar en la mente.

Pero entonces lo vi. En el otro lado del cuarto estaba una silla, de frente hacia mí. ¿No estaría Dios sentado allí? Me sentí asombrado y horrorizado al mismo tiempo. Me asombraba el pensamiento de que mi Padre estuviera en realidad allí conmigo, allí, en el cuarto del hotel, luego me sentí horrorizado al pensar que podía dejarme hundir en aquel abismo de desesperación cuando el Dios Todopoderoso, que me ama tanto, estaba tan cerca.

Luego tuve otro pensamiento. Allí, a mi lado, al final del sillón en que estaba sentado, estaba otra silla. ¿Podía Dios estar sentado allí?

Mis ojos se abrieron desmesuradamente mientras aquella posibilidad se hacía más y más real para mí. De nuevo me llené de asombro ante esta posible cercanía, y me horroricé por mi falta de fe. Mientras estaba sentado, viendo aquella silla, comprendí que si Dios estaba sentado allí, nuestras rodillas estaban casi tocándose.

Me quedé maravillado, pensando, "él está tan cerca, que podría tomarme de la mano".

Pero unas palabras que era tan claras como el cristal vinieron a mi mente, y me tomaron desprevenido: "No. Estoy tan cerca de ti que podría llevarte en mis brazos". La comprensión de que Dios siempre está presente trae paz. Dios está con nosotros ahora. Se ha llamado a sí mismo Emmanuel, enfatizando su promesa de no abandonarnos nunca, "hasta el fin del mundo" (Mat. 28: 20). Pido a

Dios que la realidad de su presencia cerca de usted eclipse cualquier temor del futuro y le dé esperanza.

3. Enfrento el futuro con esperanza porque mi Padre está involucrado. "Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperaréis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29: 11-13).

Un viernes de noche, cuando era aspirante al ministerio, decidí ir caminando hasta la casa del pastor que era mi mentor, para celebrar nuestro estudio bíblico semanal. Estaba bastante oscuro porque yo caminaba por una vía de ferrocarril abandonada. Las ramas de los árboles de ambos lados de la vía casi se cerraban sobre mí. Mientras caminaba, me detuve de repente por una voz que pareció salir de la nada.

"Estad quietos y conoced que yo soy Dios"

Yo me quedé como sembrado en aquel lugar, y miré instintivamente hacia arriba.

"¿Qué se supone que debo conocer?", pregunté. En realidad no fue más que un pensamiento que surgió en mi mente.

"Tengo planes para ti", dijo la voz, "planes para que prosperes".

Y eso fue todo. Fue todo lo que dijo la voz. Pero yo quedé abrumado de gozo.

Cuando llegué a la casa del pastor y entré a la sala, la gente que dó mirándome asombrada.

"¿Qué le ocurrió?", preguntaron con vacilación. Yo simplemente no podía dejar de sonreír. (Yo sabía que aquellas palabras eran un texto bíblico y, para vergüenza mía, me tomó dos días completos hallarlo en Jeremías 29: 11-13.)

No es posible expresar la gran inspiración que aquellas palabras le han dado a mi vida durante todo mi ministerio. Y doquiera vuelvo

la vista encuentro a muchas personas ansiosas de escuchar esa promesa que les dará seguridad a sus vidas. Por eso, siempre que tengo la oportunidad, escribo ese texto en una tarjeta, esperando que la promesa sea de tanta inspiración para ellos como lo fue para mí. Cuando mi esposa y yo nos casamos, decidimos tener ese texto inscrito en la parte interna de nuestro anillo de bodas. Incluso, tenemos ese texto en una pared, que es la primera que ve la gente cuando entra en nuestra casa. Queremos que todos aquellos que entran a nuestra casa sepan que Dios tiene maravillosos planes para sus vidas también, pues el Padre “nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él” (Efe. 1: 4, NVI).

Las palabras de Jeremías fueron escritas para los que vivían en el exilio. En los versos del principio del capítulo, Jeremías pone el fundamento de esta seguridad: Por qué deberíamos tener confianza en Dios.

Primero, Dios dice a su pueblo que no debe abandonar la esperanza porque su situación no es el resultado de la casualidad ni de un mal impredecible: él ha estado activamente involucrado desde el principio. Porque Dios mismo dice: “A todos los que he transportado de Jerusalén a Babilonia” (vers. 4, NVI). Aunque el mal parecía rodearla, Judá nunca había dejado de estar en el centro de las manos de Dios.

Segundo, Dios dice a su pueblo que no debe abandonar la esperanza porque él puede resolver las dificultades que afronta en ese momento. Dios mismo dice: “Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz” (vers. 7).

Tercero, Dios dice a su pueblo que no deben abandonar la esperanza porque él va a actuar para terminar su destierro en un tiempo específico. “Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre

vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar" (vers. 10).

Nosotros estamos en el exilio también. Pero el futuro todavía es brillante. Porque nosotros tenemos exactamente las mismas razones para no perder nuestra esperanza: Dios está involucrado, obrando para llevar a cabo sus planes.

4. Hacemos frente a un futuro de esperanza porque nuestro Padre es muy grande. "¿Dónde estabas cuando puse las bases de la tierra? ¿Dímelo, si de veras sabes tanto!" (Job. 38: 4, NVI).

Yo creo que el final de Job es asombroso. Después de los amigos de Job, que habían acaparado el escenario durante casi todo el libro, se escuchó la voz de Dios desde el cielo que puso a callar a todos: "¿Quién es este, que oscurece mi consejo con palabras carentes de sentido?" (vers. 2, NVI). Sin hacer ninguna pausa, Dios se vuelve a Job y le hace sesenta preguntas difíciles de contestar.

Dios le pregunta a Job si había estado presente el día que él creó la tierra, si podía controlar las constelaciones, u organizar la vida de los animales. Y las preguntas siguen, unas tras otras, sin pausas. Después de la pregunta número sesenta, Job replica: "¿Qué puedo responder si soy tan indigno? ¿Me tapo la boca con la mano! Hable una vez y no voy a responder, hablé otra vez, y no voy a insistir" (Job 42: 4, 5, NVI).

Pero Dios no ha terminado todavía. Comienza de nuevo y le hace a Job veinticuatro preguntas más acerca de Behemot y de Leviatán.

Dios nunca contestó ninguna de las preguntas que hicieron los amigos de Job. Pero pintó un cuadro de su excelsa grandeza a través de las obras de su creación. Después de esto Job, ciertamente, no necesitaba ninguna respuesta. "¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te ha

bía oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42: 3-6).

La necesidad de explicaciones se había eclipsado por una abrumadora revelación de la grandeza de Dios.

Esta historia revela una fascinante paradoja. La esperanza y ánimo pueden surgir de la comprensión de que sabemos muy poco. Instintivamente tratamos de encontrar la esperanza sabiéndolo todo, y nos desalentamos cuando no podemos hallar las respuestas que buscamos. Pero a veces Dios pone en evidencia nuestra ignorancia e incapacidad para conocer, para que comprendamos que no se encuentra la esperanza en "hallar respuestas" sino en un ser más grande que nosotros.

¿Cuán grande es su Dios? Creo que si vamos a captar una vislumbre de la inmensurable grandeza de Dios como Job, es posible que no se respondan nuestras preguntas, pero nosotros seremos llenos de un gozo inefable y glorificado.

Un Dios como no hay otro igual

La esperanza se encuentra en una persona. Esto se me convirtió en algo personal durante un horroroso día de motines raciales que se extendieron por toda la ciudad de Colombo, capital de Sri Lanka.

Era el día de la competencia de natación de toda la isla, y un par de amigos y yo nos dirigimos hacia la piscina para nadar un poco. Pero antes de que bajáramos de nuestro automóvil, el encargado de cuidar la piscina vino corriendo a encontrarnos. Señalando hacia atrás, dijo: "La piscina está cerrada. Se cerró a las dos". Nosotros nos volvimos y miramos hacia atrás. Dos enormes columnas de humo subían hacia el cielo.

Nosotros sabíamos lo que había pasado. Las tensiones raciales entre los dos grupos étnicos dominantes de la isla habían subido a un punto nunca antes alcanzado. Ahora el grupo más grande estaba quemando las casas y las fábricas del otro grupo. Nosotros regresa-

mos inmediatamente al colegio. Yo tomé mi bicicleta y me dirigí rápidamente hacia mi casa. Cuando estaba llegando al complejo de edificios de la misión, vi que más columnas de humo se elevaban de un lugar muy cerca de nuestra casa.

Los fuegos en toda la ciudad ardieron durante todo el día. Durante la tarde, hombres, mujeres y niños comenzaron a encaramarse a nuestra muralla de tres metros de altura. Un anciano trató de levantar su refrigerador por encima de él. Otra cosa terrible eran los gritos, el sonido de vidrios que se rompían, y finalmente el crepitar de las llamas que comenzó a elevarse de los talleres y fábricas incendiados. Yo me paré sobre la muralla, tratando de apagar el fuego con la manguera con que regábamos el jardín. Lo más que podía hacer era tratar de detener las llamas que se acercaban rápidamente a nuestra casa. Dentro de nuestra casa estaban unas veinticinco personas temblorosas y llorosas.

Por la noche, otro grupo pidió asilo en nuestra casa. Para evitar que los vieran quienes estaban entre los edificios de la misión, mi mamá los llevó por la puerta del frente, pasando agachados por un pasillo entre dos muros de un metro y un poco más de alto. Pero un vigía que estaba en los edificios altos los había visto. Pocas horas más tarde recibimos un mensaje diciéndonos que nuestra casa sería quemada aquella noche.

Se nos dijo que no nos preocupáramos. Algunos amigos tenían cierta influencia en la policía local, la que había arreglado para que una cantidad extra de soldados estuvieran patrullando alrededor de nuestra casa. Incluso habían hecho arreglos para que hubiera una guardia frente a nuestra puerta. Nosotros no teníamos mucha confianza, de modo que llamamos a las oficinas del Alto Comisionado Británico, que estaban a escasos dos kilómetros de distancia. Sin embargo, dijeron que la ciudad estaba hundida en un caos tan grande que no podían hacer nada por nosotros. Dos policías armados llegaron, pero estaban tan asustados que se habían emborrachado. Cada policía traía un solo cartucho en su pistola, lo cual de todos

modos no nos producía mucha confianza. Esa noche mi mamá y dos de mis hermanos menores escalaron la alta muralla de la casa de un vecino y se refugiaron allí. Nuestros refugiados, amontonados en mi cuarto, hablaban en voz baja nerviosamente. Yo estaba acostado en un catre de campaña en el dormitorio de mi padre. Junto a mí teníamos una maleta que contenía un cambio de ropa para cada uno y nuestros pasaportes. Yo dormí vestido.

Era muy difícil conciliar el sueño. Me dolían los ojos enrojecidos por tanto humo que había llenado la ciudad durante todo el día. El césped de nuestro jardín ya no era verde, sino que tenía un ominoso y macabro color gris, por causa de una gruesa capa de ceniza que lo cubría.

Antes de dormirme abrí mi Biblia y leí la página donde se había abierto. No podía creer lo que veían mis ojos: "El que habita al abrigo del altísimo, se acoge a la sombra del Todopoderoso. Yo le digo al Señor: Tú eres mi refugio, mi fortaleza, el Dios en quien confío" (Sal. 91: 1, 2, NVI).

No había llegado al versículo 3 cuando mi padre, que estaba en su cama al otro lado de la habitación, me dijo:

—Gavin, quiero leerte algo.

Y comenzó a leer el versículo 1 del mismo Salmo 91. ¡No podía creerlo! Era como si Dios hubiera abierto sus dos brazos y los hubiera cerrado fuertemente alrededor de mí.

No le dije a mi padre que habíamos leído el mismo texto. Yo sentía que era un secreto entre Dios y yo, algo que no debía compartirse con nadie más.

Trece años más tarde yo necesitaba una historia para los niños de la iglesia, y les conté cómo Dios me había hablado a través del Salmo 91.

—¿Cuál es la probabilidad —les pregunté a los niños—, de que mi padre y yo abriéramos la Biblia al mismo tiempo, en el mismo pasaje?

—Enorme —dijo un niño. Todos se rieron, pero tenía razón.

Yo decidí contar la misma historia la siguiente semana en mi otra iglesia. Mi madre estaba de visita desde Pakistán, donde ellos estaban sirviendo como misioneros, de modo que le hice algo así como un prefacio a la historia diciendo que nunca antes había contado la historia a ninguno de los miembros de mi familia. Sin embargo, cuando terminé, vi que mi madre había levantado la mano. Cuando le pedí que hablara, dijo:

—Hay otra parte de esa historia que tú no conoces —comenzó diciendo—. Cuando llevé a tus hermanos por encima de aquellos muros, para llegar a casa de los vecinos aquella noche, abrí mi Biblia y les leí un texto:

“El que habita al abrigo del altísimo, se acoge a la sombra del Todopoderoso. Yo le digo al Señor: Tú eres mi refugio, mi fortaleza, el Dios en quien confío” (Sal. 91: 1, 2, NVI).

No recuerdo qué himno infantil cantamos después. Solo recuerdo que sentía yo un gran nudo en la garganta, que no permitía la salida de un solo sonido. Allí estaba yo, a punto de abrir la palabra de Dios a mi congregación, cuando el Dios de las palabras expuso, de manera misteriosa, una palabra especial para mí. Era una palabra que hablaba de su control de los eventos, una palabra acerca de su presencia y participación en mi vida, una palabra acerca de su grandeza, y muchas cosas más.

Cuento esta historia cada vez que tengo la oportunidad. Nunca me canso de contarla, porque nos habla de que, incluso cuando pasemos por el crisol, y no sepamos con claridad lo que está pasando, todavía podemos tener esperanza. Porque Dios es nuestra esperanza inconvencible.

*Padre,
Doquiera vaya,
cualesquiera sean las circunstancias*

*en que me encuentre,
enséñame a verte.
Llena mi mente y mi corazón
con un gran anhelo de ti,
no solo de las cosas que puedes hacer por mí.
En todos los momentos de mi vida,
que tú seas mi esperanza;
una esperanza incommovible,
un Dios inmutable,
de quien puedo depender absolutamente.
En el nombre de Jesús,
amén.*

Referencias

1. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 41.
2. Elena G. de White, *Obreros evangélicos*, pp. 284, 285.
3. Oswald Chambers (1993, c1995), *My Utmost for His Highest: Selections for the Year* [Lo mejor de mí por lo más elevado de él], 2 de enero (Uhrichsville, Ohio: Barbour and Company, Inc., 1963).
4. *The Practice of the Presence of God* [La práctica de la presencia de Dios], p. 32.
5. *Ibid.*, pp. 31-37.

